

Todo es líquido

Enrique Benítez Palma

Hagamos un ejercicio intuitivo y pensemos en objetos y cosas a las que llamaríamos «frágiles». Posiblemente vengan a nuestras cabezas las imágenes de un jarrón, de una vajilla, de algo de cristal. Objetos que se pueden romper con cierta facilidad. Objetos que quedan inservibles después del trágico accidente, de la negligencia, del descuido. Adornos, quizás cosas superfluas. La fragilidad esconde determinadas cualidades sobre las que poco o muy poco nos hemos parado a reflexionar. No hay marcha atrás cuando se rompe un objeto frágil. Se recogen los restos y se tiran a la basura. No hay posibilidad de reconstrucción. No hay segundas oportunidades para las cosas frágiles, precisamente porque son frágiles. Por eso hay que cuidarlas, tener cuidado con ellas, preservarlas de la agresividad. Lo frágil se protege, porque una vez destruido ya deja de ser, para siempre.

También puede haber ecosistemas frágiles, y personas frágiles. He conocido a muchas. Pero con ellas se abusa de este concepto. Suelen ser personas sin espíritu, sin fuerza. Personas sin confianza en ellas mismas, con miedos, con muchas dificultades para acometer retos, pequeños o grandes. Personas con miedo al fracaso, sin el coraje necesario para dar ese paso adelante que está en la base del progreso humano, individual y colectivo. ¿Puede romperse una persona en mil pedazos? Claro que sí. Puede hacerlo el dolor, la maldad, la violencia desatada, las circunstancias de la vida. Como los objetos frágiles, las personas nos rompemos de golpe. No es un proceso lo que nos rompe, sino un golpe, un acontecimiento, un instante puntual e inesperado. Y como un hueso, sientes cómo te has roto por dentro, a quien le ha pasado puede contar cómo ha sentido ese chasquido, y cómo desde ese preciso momento su vida ha cambiado, de repente, rota, descompuesta, destrozada.

Es curioso. Investigas a través de Google sobre la idea de «fragilidad social» y te lleva a las personas mayores. Encuentras enlaces a páginas e investigaciones sobre geriatría, sobre osteoporosis. Es un concepto material de la persona, del ser humano: el hombre se vuelve frágil cuando envejece, cuando su cuerpo es frágil, cuando sus huesos son débiles, cuando puede romperse físicamente. Pero la fragilidad puede tener muchas otras lecturas, y no parece bien resuelta esa contradicción entre lo que entendemos por una persona frágil –algo que suele referirse a su estado de ánimo, a su fortaleza interior- y esa revelación que nos traslada Google sobre la condición estrictamente física de la fragilidad humana.

Pensaba encontrar otras entradas al buscar en las redes algo sobre la fragilidad social. Por ejemplo, cuestiones sobre la crisis económica y sus efectos sociales. Reflexiones sobre las decisiones que se toman en la economía y sus efectos sobre las personas, individualmente o en sociedad. Dos profesores británicos acaban de publicar un libro realmente estimulante (*Por qué la*

austeridad mata. El coste humano de las políticas de recorte) y en él sus autores –David Stuckler y Sanjay Basu– nos hablan de Historia, de Resistencia, y de la necesidad de «curar el cuerpo económico». «Cuando pensamos en el cuerpo económico –dicen estos investigadores–, intentamos entender cómo afectan los presupuestos y las opciones económicas de los gobiernos a la vida y la muerte, a la resistencia y al riesgo, de poblaciones enteras de todo el mundo».

Este libro, esta idea, supone un giro radical en nuestra forma de ver la vida. Porque, hasta ahora, nuestra idea era que los gobiernos nos protegían de las inclemencias económicas y políticas. La política nos resguardaba de las tormentas pasajeras. Lo público era nuestro paraguas, lo público nos daba seguridad. Nuestra fragilidad, como personas y como sociedad, encontraba alivio en las decisiones de los gobiernos, ya que han sido las políticas básicas de la socialdemocracia y la extensión del modelo del estado del Bienestar lo que nos ha traído hasta aquí y lo que se ha convertido en un referente para millones de personas de todo el mundo. Lo dijo Lula, hace pocos meses, en octubre de 2011, en la Conferencia Progreso Global celebrada en Madrid de la mano de la Fundación IDEAS: «El mundo no tiene derecho a permitir que la Unión Europea acabe porque es Patrimonio Democrático de la Humanidad».

De eso se trataba. De proteger a los más débiles. De dar más a los más vulnerables. A crecer sin que nadie se quedase atrás, sin personas arrojadas al arcén de la vida. Había un modelo europeo, el que todos querían, el que todos admiraban, y un modelo americano, dual, atroz, insensible, con triunfadores y perdedores, sin apenas justicia social. Un modelo paliativo y un modelo darwinista. Y de repente, en cuestión de años –una infinitésima parte de la Historia– el modelo americano se ha convertido en el modelo chino, y el modelo europeo no tiene más futuro que su propia muerte, anunciada y planeada por sus ciegas élites económicas.

Ahora, por tanto, lo que nos protegía nos ataca. Lo que construía nuestra tranquilidad, se ha convertido en la amenaza. Los gobiernos, cegados por una visión ultraortodoxa del orden económico, han decidido que la fragilidad colectiva favorece el crecimiento y la competitividad. Hay que ir más rápido, hay que remar más fuerte. Y para ello sobran quienes no aportan. Miles de personas han pasado a ser un lastre para el sistema, siempre según la pervertida mirada de los líderes. Los derechos sociales y laborales deben pasar a la Historia. No nos sirven las herramientas del bienestar. Suponen acomodo en un mundo hostil. Como en tiempos de nuestros antepasados, volvemos a la ley del más fuerte. Como en la Naturaleza, sólo está llamado a sobrevivir quien se lo merece. La debilidad te condena. La fragilidad es una sentencia de muerte.

Se ha roto, por tanto, el statu quo. Las instituciones, cuya existencia se había diseñado para proteger lo colectivo, han vuelto sus cañones contra su propia razón de vida. Lo explicó hace años con maravillosa clarividencia David Anisi en su libro *Creadores de escasez*. Lo contaba con una sabrosa anécdota: el dinero es como un cuchillo jamonero. No es más que una herramienta. Será beneficioso en la medida en que se utilice adecuadamente. Tan simple, tan expresivo, tan fácil de entender.

El dinero manda. La rentabilidad es más importante que la educación. El déficit público preocupa más que la mortalidad infantil. La corrección de los desequilibrios macroeconómicos

debe conseguirse por encima de todo, a costa del empleo, del hambre, de la incertidumbre de miles, millones de personas, que además se enfrentan a la pérdida de su condición de ciudadanos, alejados de la toma de decisiones, centralizada ésta en los sanedrines del poder económico.

Manda la economía, y con ella su lógica perversa. Hay que proteger la riqueza. Hay que legislar a favor de la riqueza. Hay que crear riqueza. Pero ya no se habla de la distribución de la riqueza. Es curioso. Ya sabíamos que los causantes de la crisis, los financieros –como ha denunciado en sus libros J. K. Galbraith una y otra vez– han vuelto a salir indemnes, pero lo que de nuevo habíamos olvidado es que las crisis económicas favorecen la concentración desmesurada de la riqueza existente si no nos dotamos de mecanismos políticos que lo eviten. Y en esta ocasión, las decisiones políticas –secuestradas de la auténtica opinión pública manifestada en cientos de calles y plazas por todo el mundo– van de la mano de los poderes económicos.

A diferencia de crisis anteriores, el peso de esta crisis va a caer sobre los hombros más frágiles. Mientras que en el pasado se tomaron decisiones para fortalecer la sociedad y para proteger a las personas de los efectos de la crisis –a través del fortalecimiento de lo público, esto es, de lo que es de todos– en esta ocasión se ha impuesto la consigna de la eficacia de lo privado, y en esa dirección y sentido viajamos a toda velocidad.

Se ha roto el consenso, y hay que dejarlo atrás cuanto antes. Hay que construir un nuevo escenario, encontrar cuanto antes una nueva tierra prometida que sustituya a la anterior. Aunque sea más pobre, menos fértil, más desértica socialmente. Aunque tenga paisajes deteriorados. Hay que levantar a toda prisa una nueva tierra prometida, en la que lo individual sustituya y suplante a lo colectivo. Una nueva patria en la que sea el esfuerzo individual lo único válido. Un nuevo país en el que una aparente meritocracia ponga a cada uno en su sitio. Una nueva sociedad en la que todos los trabajadores honrados y entregados a sus empresas tengan cabidas, sin vagos ni maleantes, sin gorriones (*free riders*) del sistema. Un modelo nuevo al que sólo pueden temer los caraduras, los sinvergüenzas, los que no quieren hacer lo correcto.

Esta es la gran falacia. Porque en este nuevo modelo todos renunciamos en beneficio de los más fuertes. Y los más fuertes no han surgido de la nada. Ya existen, hunden sus raíces en ese mismo pasado que quieren dejar atrás. Y en ese nuevo modelo social que se nos impone –que no propone– la fragilidad es un problema. Hay que ser duro, pétreo, fuerte, incansable. Hay que ser productivo, por encima de todo. Y dócil. Y servicial. Y si algún día a alguien se le ocurre convertirse en un coste para el sistema, su destino será la marginación, el exilio interior. Será apartado del escaparate, escondido en algún gueto maloliente –hay que leer a Loic Wacquant– y convertido en un «residuo humano».

Esto nos lleva a Bauman. Por partida doble. Por un lado, a su libro *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, en el que habla de «residuos humanos», de «poblaciones superfluas» de inmigrantes, toleradas en cuanto son necesarias para la producción, invitadas a seguir con su vida nómada en cuanto dejan de ser útiles para el sistema. Esto ya lo escribió Bauman en el año 2004. Pensemos en la España de 2013, en las «poblaciones superfluas» que han existido mientras había

ladrillo, mientras nadie quería trabajar en el campo. Pensemos en esas personas, en esas familias, en sus hijos e hijas, en sus vidas y en su futuro. Es lo que nos espera: una vida superflua sometida a las exigencias del sistema, un horizonte de fragilidad y de incertidumbre, acosados por los balances de las multinacionales y los compromisos financieros de los gobiernos.

Y seguimos con Bauman. Porque increíblemente parece que nada se ha roto. ¿Alguien ha escuchado un chasquido? Sí, en algunos países como Grecia o Portugal hay miles de personas aullando de dolor. Pero, ¿a alguien le importa? Son pequeñas heridas en el conjunto del sistema. Sencillas rozaduras fácilmente tratables. En nuestras satisfechas sociedades occidentales, hace tiempo que se lleva una «vida líquida». Nuestras vidas se definen «por la precariedad y la incertidumbre constantes». Una vida líquida no puede romperse. Antonio Muñoz Molina ha relatado en un libro (*Todo lo que era sólido*) la autodestrucción del sistema, desde dentro. Ahora todo es líquido, la vida, el miedo, las relaciones humanas, el propio horizonte. Líquido, y por lo tanto irrompible.

Lo que nos vendieron como el «triunfo de la libertad», nos dice Bauman (*Vida líquida*, p. 194) no deja de ser, para las víctimas de la gran transformación, una infinita «pérdida de seguridad». Y ahora que nadie nos protege, ahora que la red no existe, la fragilidad es un inconveniente, un camino sin retorno. ¡Ay del que no se adapte a la vida líquida! Aquél que se rompa no tendrá una segunda oportunidad. Simplemente será arrojado a la basura, como un residuo humano, tan inútil, que diría Fonollosa, como un vaso de whisky vacío entre las manos.

Enrique Benítez Palma es economista